



Megan Maxwell

**Ande, ande, ande,
la Mari Morena**

*Ande, ande, ande,
la Mari Morena*

Megan Maxwell

Capítulo 1

Madrid, 20 de agosto de 2025

¡Cri..., cri..., cri!

¡Cri..., cri..., cri!

¡Madrecita, qué pesaditas son las chicharras con su canto!

Son las cinco de la tarde. Hace un calor del demonio y estos malditos insectos no se callan, y hasta con los auriculares puestos los escucho. Subiré el volumen un poco más.

Estoy tumbada en la cómoda hamaca del casoplón de toda la vida de mis padres en Majadahonda, Madrid, junto a Shirly Coco, mi perra. Una preciosa pomerania con increíble pedigrí, de color blanco perla, que me regaló mi amiga Soleá hace dos años. Su perra, Kira, tuvo una camada, y Soleá, sin dudarlo, dijo que uno de aquellos cachorros era para mí. Y la verdad, aunque en un principio me pareció una locura, pues adoro viajar, ahora no sé qué sería de mí sin mi perra.

—¡Selfi, Shirly!

Con cariño toco la cabecita de Shirly mientras escucho «Mystical Magical», del incombustible Benson Boone y me olvido de las chicharras. ¡Qué buen rollito me da esta canción!

De pronto cae agua sobre mí. ¡Me empapan! Y salto de la tumbona.

—A muerte con la Plebeya —escucho mientras el agua me da en la cara y apenas puedo respirar.

¡La madre que los parió!

Son Carlos y Ángel, mis hermanos. Que con unas pistolitas de agua, que la verdad no sé de dónde las han sacado, me están poniendo fina cuando grito:

—¡Pero vosotros estáis tontos, ¿o qué?!

Siguen disparando agua. Juegan como niños. En el fondo, son dos niños grandes, y yo, despavorida, corro por el jardín llamándoles de todo, y Shirley ladra y corre juguetona tras nosotros.

—Os juro que, como me sigáis mojando, rompo las entradas del cine que tengo para el sábado y os quedáis sin ver *Jurassic World: el renacer*.

—Morticia —se mofa Carlos—, ¡con eso no se juega!

Si algo ha gustado siempre a mis hermanos, en especial a Carlos, son los dinosaurios. Hemos visto todas las películas del mundo juntos, y aunque esta salió en julio, y vamos con retraso por temas de viajes y trabajo, la vamos a ver juntos.

—¡A por la Plebeyaaaaaa! —grita Ángel, empapándome con la puñetera pistola.

Cuando llego hasta el lateral de la casa, empapada, al ver que me han acorralado, decido contraatacar. Para ello, y olvidándome de mi feminidad, me lanzo contra Ángel como un jugador de rugby. Lo hago rodar por el suelo conmigo y arrebatándole la puñetera pistolita, ahora soy yo quien lo moja.

Ángel grita. Chilla. Se ríe. ¡Y maldita sea, me acabo de dar cuenta de que he perdido una de mis preciosas uñas de porcelana en mi ataque!

¡Maldita seaaaaaa!

Carlos sigue descargando agua sobre mí. Soy su objetivo. De improviso, oímos a papá:

—Dejad a vuestra hermana, o le haréis daño.

—Que tengan cuidado conmigo, a ver si el daño se lo voy a hacer yo a ellos —respondo con seguridad.

Papá me mira. En su cara veo ese gesto de desaprobación que pone cuando algo de lo que hago no le parece bien.

—¡María, basta! —me reprocha.

—¿Por qué no se lo dices a ellos? —me rebelo.

—Compórtate como una señorita, por favor —replica.

—No empieces con tus tonterías —respondo.

—No son tonterías, hija. Te he dado una selecta educación, como para que ahora te comportes como una bestia parda que parece que se ha criado en el monte. —Oír eso me joroba. Papá y yo tenemos una relación especialita. Él remacha—: Tienes treinta y cuatro años.

—Y ellos cuarenta y uno y treinta y siete —indico con cierto retintín.

—¡Eres una mujer!

—¡¿Y quéééé?!

—¡Vas a dejar de contestar! —insiste.

—¡No! —replico.

Papá pone los ojos en blanco. Está claro que no callarme le pone enfermo.

—Secaos y venid a mi despacho —zanja—. Hemos de hablar de varios temas de la empresa.

El buen rollito se acaba de un plumazo. Papá tiene ese efecto en nosotros. Nos corta el rollo de una manera increíble. Me mira.

—Tú no vengas —indica con su mala baba.

Maldigo. Que me excluya de los temas de la empresa y más cuando sé que van a hablar de algo que yo he propuesto, me enfada.

—No estoy de acuerdo en cuanto a eso de no ir —siseo.

—He dicho que no —sentencia.

—Pero uno de los puntos lo he propuesto yo.

—¡Es mi empresa!

Madrecita..., lo que me entra por el cuerpo. Papá, para ciertas cosas, parece que vive en el siglo pasado, donde los hombres hacían y las mujeres callaban.

—Por el amor de Dios, papá, ¿quieres no ser tan anticuado? —suelto, enfadada.

Mi padre me mira. En su mirada veo que prepara una de sus frasecitas lapidarias.

—Y tú, ¿cuándo vas a dejar de ser tan contestona y entrometida? —dice, y se aleja.

Vale. Ya estamos con el mismo rollo. Desde siempre he sido la hija díscola. Soy la que le contesta, le rebate, lo reta y saca de quicio, aunque también tengamos nuestros momentos bonitos. Pocos. Pero los tenemos.

Carlos agarra mi mano. La aprieta y, acercándose a él, me abraza y musita:

—Tranquila, Morticia. Ángel y yo apoyaremos tu idea cuando se hable. ¡Es fantástica!

Sonrío. Mis hermanos me llaman tanto Morticia, por aquello de que nos apellidamos Addams, Plebeya, por ser la exprincesita de papá, o Miércoles Addams cuando me enfado. Cambian de mote según vean mi estado de ánimo.

—¿Qué hace el suelo de la entrada mojado? —gruñe papá.

Mis hermanos y yo nos miramos. Hemos sido nosotros. Luisa, la maravillosa mujer que lleva toda la vida trabajando en casa, aparece con el mocho del suelo.

—Madrecita, señor, lo secaré rápidamente —indica.

Papá nos mira. En su mirada veo que nos recrimina nuestro acto.

—Vamos, Luisa, necesito entrar. No tengo todo el día —gruñe.

Oír eso me enferma. No puedo con sus exigencias. Y tras enviar a Shirly a la tumbona para que me espere o le comenzará a ladrar, me acerco a él. Soy consciente de que lo que voy a decir le enfadará más.

—¿Acaso no ves que Luisa está secándolo con la fregona?
—le digo—. ¿Por qué le metes prisa?

Luisa me mira. Papá también. Y cuando voy a volver a abrir la boca, mamá se acerca.

—Bendito sea Dios, Rodrigo —interviene con su tono de tranquilidad—. Se está secando el suelo. Da unos segundos.

Pero mi padre es mi padre:

—Tus hijos, como siempre liándola —contraataca—. Da igual la edad que tengan, que siempre...

—Vaya —lo corto. Y mirando a mamá me mofo—: Como siempre, cuando hacemos algo que a él no le gusta, ¡somos tus hijos! De él no.

—¡Serás niñata!

—¡Rodrigo!

Mamá me mira. Papá también.

—Mejor no abras esa boca que solo dice maldades —no puedo evitar decir, cuando veo que él va a hablar.

—¡María Addams! ¡A tu padre no le hables así! —reprocha mi madre.

—Ah..., pero ¿es mi padre? —protesto.

—Miércoles, cierra el pico —musita mi hermano Carlos.

Papá y yo nos miramos. Ya no soporta a la que antaño fue su princesita.

—Mejor me voy —sisea, dándose la vuelta.

Y sin más, pisa lo que Luisa está fregando y desaparece dando un pequeño resbalón.

Mamá, Luisa y yo nos miramos.

—Todo está bien, Luisa. Puede marcharse —dice mamá, con su tono conciliador.

Con cariño, me acerco a aquella mujer a la que adoro.

—Siento haberlo mojado —me disculpo con Luisa al tiempo que la abrazo.

—Tranquila, mi niña.

Con la mirada, Luisa y yo nos entendemos, y cuando ella se aleja, mamá, con cierto reproche y celitos, murmura:

—El abrazo ha sobrado.

—¿Por qué?

—Porque no hay que ser tan pegajosa.

—¿Quieres tú uno?

Intento abrazarla. La abrazo porque me da la gana.

—Quita. No seas tonta. —Se deshace de mí.

Escuchar aquello me hace sonreír.

Mamá es la mujer más buena que existe, pero los abrazos y muestras de cariño son algo que no lleva en el ADN. Nada que ver con su madre, mi abuelita Manoli. A la que cada día añoro más. Murió el año pasado a los noventa y siete años, y su muerte me dejó un gran vacío. Si alguien siempre fue cariñoso con mis hermanos y conmigo, esa fue nuestra abuelita. Ella nos enseñó el maravilloso poder sanador de los abrazos de verdad.

La abuelita Manoli desesperaba a mi padre, como sé que lo desespero yo. Ella, a diferencia de mi madre, siempre ha sido una mujer con unos ovarios bien puestos. Tan bien puestos que mi madre debió de nacer sin ellos, a pesar de que nos parió a mis hermanos y a mí.

Mis hermanos se acercan a nosotras.

—Miércoles..., ahora lo has cabreado más —cuchichea Ángel. Molesta, le disparo con la pistolita de agua.

—¡Que te den! —le suelto, mientras veo que el agua le corre por su rostro.

—Serás bestia, ¡me acabas de saltar un ojo! ¡Mamááá!
—protesta.

—Mira que eres bruta, hija mía —replica mi madre, mirándole el ojo.

Cuando mis hermanos desaparecen en el interior de la casa, mamá y yo regresamos a la piscina.

—María, no debes hablarle así a tu padre —me riñe.

—¿Y él a mí sí? —pregunto.

—Hija, ¿cuándo vais a parar de discutir? —dice, soltando un suspiro.

—¡Que pare él!

—Bendito sea Dios, María, no lo pongas más difícil.

¿Difícil? ¿Yo lo pongo difícil?

Mamá continúa su camino de regreso a la tumbona donde me espera Shirly Coco, a la que todos llamamos simplemente Shirly. Yo, al soltar la pistolita, me doy cuenta de que no solo he perdido una uña, sino más bien dos. ¡Qué desastre! Rápidamente llamo por teléfono a Conchi, mi esteticista, y quedo en que venga a casa de mis padres, esa misma tarde, a que arregle el estropicio. ¿Cómo voy a salir esta noche con estas manos?

A pocos metros y metida en la piscina está mi cuñada Inka, la simpática y particular mujer de mi hermano Ángel. Inka es rusa, rubia, alta, guapa, talla treinta y cuatro y modelo de oficio. Se cuida físicamente de una manera exagerada que a mi madre le encanta, pues en su juventud fue modelo y *miss* España.

En casa, por el hecho de que mi madre fue modelo, el tema de la alimentación se ha cuidado mucho. Pero una cosa es cuidarla y otra la obsesión que ella tiene y siempre, siempre, siempre cena verdura. Y, bueno, cada vez que ve que como algo supuestamente inapropiado le cambia la cara. Pero mira, ¡que yo ni soy ni quiero ser modelo!

Mis hermanos Ángel y Carlos son pelirrojos, como papá, y con unos impresionantes ojos azules heredados también de él. Venimos de familia de irlandeses. Y aunque no son guapos de manual, son tremendamente resultones.

Ángel, el mayor, tiene cuarenta y un años. Y hasta que conoció a Inka tuvo mil novias por las que sufrió por amor. Es

dramático, como mamá, hipocondríaco y sentimental. Los sentimientos le pueden y es de los que llora conmigo en Navidad al ver los anuncios, algo que a mi padre lo enferma, porque él es más duro que una piedra.

Carlos, de treinta y siete años, es el soltero de oro al que se rifan las mujeres. Es resultón, simpático y tiene ese puntito canalla que vuelve locas a muchas, aunque luego es la persona más dubitativa que conozco en mi vida. Cualquier decisión lo paraliza, y eso le provoca una gran inseguridad tanto en el trabajo como en lo personal. Siempre le digo que se deje guiar por su instinto, como hago yo, pero prefiere que yo se lo resuelva.

En mi caso, yo me considero una mujer del montón. Soy la única de pelo moreno de mi familia, pues mi madre es rubia y mi padre pelirrojo. Eso sí, ¡qué pelazo tengo!

Mis ojos son de color miel como los de mamá, mido 1,70 y uso la talla cuarenta y dos. Soy decidida, empática, cariñosa y alegre. No soy guapa, pero tampoco soy fea. Vale. Está mal que yo diga esto, ¡pero sé que tengo mi puntito! Y me gusta dar y recibir amor, gracias a que mi abuelita Manoli me enseñó. Ella siempre decía que el amor era vida, porque si lo daba, lo recibiría.

Según mi padre tenga el día, o soy la bestia parda que se ha criado en el monte, o soy la «niñata malcriada» porque me pirran las cosas caras. Y sí. No lo voy a negar. ¡Me gustan! Me he criado en una familia con muchísimo dinero que me ha dado comodidades y caprichos, y oye, ¡pues los disfruto! ¿Por qué no? Y dicho esto, aunque me gusta lo bueno, también sé lo que cuesta la vida. Si algo me enseñó mi abuelita fue a ser consciente de la suerte que tengo por haber nacido en una familia con dinero y que, cuando se puede, siempre hay que ayudar a quien lo necesita.

En cuanto a mi cuerpo, me cuido lo normal. Por supuesto, menos de lo que mi madre esperaba de mí. Tengo mis curvas,

y muy orgullosa de ellas que me siento, aunque mi madre, un día sí y el otro también, me aconseje cerrar la boca.

Lo de cerrar la boca es algo que oigo muy a menudo en mi casa. Mi madre me lo dice para que no coma y mi padre para no escucharme. Porque sí. De los tres hermanos, aun siendo la chica y la pequeña, soy la respondona y guerrera. Vamos, que no me callo si veo algo que no me gusta.

Se acaba la canción de Benson y comienza a sonar «End of the World», de Miley Cyrus. ¡Qué buen rollito me da también!

—¿Quieres un té rojo fresquito, cielo?

Miro a mi madre y sonrío. Odio el té de la modalidad que sea. Nunca me ha gustado, aunque ella sigue empeñada en que me tiene que gustar. Mi cuñada se lanza a toda prisa a por el té que Luisa lleva en la bandeja.

—Prefiero una Coca-Cola con mucho hielo. —Mamá resopla. Me juzga. Y antes de que diga nada que me pueda molestar, indico—: Que sea Zero, por supuesto.

Oír eso le agrada. Mira a Luisa, la señora que lleva trabajando toda la vida en casa.

—Luisa, por favor, traiga una Coca-Cola Zero con hielo para la niña —le pide.

Luisa, que es más lista que nadie y me conoce muy bien, asiente y señala la bandeja que lleva en las manos.

—Ya traje la Coca-Cola Zero, señora —dice—, junto con unas patatitas fritas de las que a María le gustan.

Mamá, al oír eso, va a protestar. ¿Patatas fritas? Pero yo me lanzo hacia Luisa y la miro a los ojos.

—Eres la mejor. Gracias, Luisa —susurro.

Sonriendo, cojo mi Coca-Cola y las patatitas y cuando ella se marcha, mamá me mira.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que al servicio no se le abraza? —me recrimina.

—Ay, mamá, por favorrrrrr —protesto.

—Luego no te quejes si no entras en el Yves Saint Laurent que te regalé.

Según dice eso, tomo aire y me muerdo la lengua. Soy una loca de la ropa gracias a mamá. ¡Me encanta la alta costura y sé que en mi armario tengo verdaderas joyas! Pero todas las que mamá me regala siempre suelen ser una o dos tallas menos de la que utilizo, por lo que suspiro y finalmente sonrío.

El cri cri cri de las chicharras sigue sonando. Las voces de papá y mis hermanos se oyen desde la casa. ¡Vaya tela! Ya discuten. Papá no tiene paciencia con ellos.

Y sí, mi padre es muy especialito. Y aunque suene feo decirlo, es un machirulo que en ocasiones parece recién salido de las cavernas. Algo que, cuando lo digo, le sienta fatal. Vamos, imagino que tanto como a mí lo de niñata o bestia parda.

Mis hermanos rara vez se enfrentan a él y a menudo, para evitarse problemas, simplemente le siguen la corriente. Entre uno que es hipocondríaco y el otro dubitativo, ¡lo llevo claro con ellos! Pero los adoro, y aun siendo la pequeña, cuido de ellos. Son lo mejor que tengo en mi vida. Y sé que siempre estarán para mí, como yo siempre estaré para ellos.

Para disgusto de mi padre, pero gracias a mi cabezonería y a la ayuda de mis hermanos, comencé a trabajar en la empresa familiar llamada Harry Addams. Una famosísima joyería, especializada en diamantes, que fundó mi abuelo paterno irlandés en Nueva York y que, gracias al éxito que tuvo en el pasado, ahora posee muchísimas delegaciones por todo el mundo. Incluida Madrid. España.

Conseguir trabajar con el rey de los diamantes, que es como llaman a mi padre, no fue tarea fácil. ¿Por qué? Por ser mujer y ser su tocapelotas particular. Según el Señor, como lo llamaba mi abuelita para su disgusto, solo debían trabajar los machos de la familia. Y conmigo se rompió el molde.

Desde que tengo uso de razón he querido tener las mismas oportunidades personales y laborales que mis hermanos y nunca me he considerado el sexo débil. Quizá por eso, si mis hermanos hacían deportes como kárate, tenis o baloncesto, yo también. Si ellos montaban en moto o se tiraban en parapente, yo también. Si ellos se interesaban por los dinosaurios o los camiones, yo también. Siempre he odiado etiquetas como niñas de rosa y niños de azul. He luchado contra ello y seguiré luchando por todo aquello en lo que yo creo justo, aunque el Señor y mi madre me miren con gesto arisco.

Mis artes culinarias, para horror de mamá y diversión de mi abuelita, se resumen a poco más que calentar algo en el microondas. Desde que me independicé, vivo en un piso en el centro de Madrid, donde hay infinidad de restaurantes. Y, sinceramente, ser ama de casa no es lo mío, por lo que llamo por teléfono y me traen la comida a casa. ¿Para qué necesito saber cocinar?

Sin dejarme vencer por lo que querían mamá y papá, estudié Administración y Dirección de Empresas, creación y diseño de joyas y diamantes y programación para crear páginas web. Las tres cosas me apasionan.

Lo bueno es que trabajo en Harry Addams y me encargo del departamento de diseño de joyas. Lo malo, que papá no me permite opinar sobre nada que no tenga que ver con ese departamento. Y, la verdad, en ocasiones me tengo que morder la lengua.

¿Por qué?

Pues porque, aunque papá no lo sepa, la niñata, a la que, según él, solo le interesan los hoteles de lujo, la ropa cara y llevarle la contraria, es quien suele ayudar a Carlos y a Ángel a solucionar muchas de las cagaditas empresariales que cometen. Algo que solo sabemos ellos y yo. ¿Por qué? Porque no seré yo quien los delate.

Estoy pensando en ello cuando las voces de papá y mis hermanos suben de tono. Shirley levanta las orejas. Oigo cómo la discusión se recrudece. Incluso se menciona mi nombre.

—¡Qué pesaditoss! —exclama mi cuñada Inka.

Suspiro. Mamá suspira. Y hasta creo que Shirley suspira.

—Disfrutemos del día, chicas —replico, después de tomar aire.

—¿Qué has hecho ahora? —pregunta mamá.

—Simplemente sugerir que abramos una tienda en Roma. En Italia no tenemos ninguna delegación, solo porque papá les tiene fobia a los italianos.

—Dios bendito —murmura mi madre.

Me río.

—¿Ya te ha dicho la tía Amparo la fecha de la boda de la prima Asunción? —pregunto para cambiar de tema.

—Me dijo mayo. Un excelente mes para celebrar una boda.

Asiento.

—Que te diga fecha concreta —pide Inka—, porque para ese mes suelo tener desfiles en distintas partes del mundo.

Mamá hace un gesto afirmativo. Sabe que Inka, por su trabajo de modelo, viaja mucho.

—Llamaré al atelier de Victorio y Lucchino en Sevilla —me dice, mirándome— para que nos citen y nos tomen medidas. Ellos nos harán unos vestidos espectaculares.

—Perfecto —asiento con agrado.

Después comenzamos a hablar de viajes y de hotelazos de cinco estrellas gran lujo a los que nos encanta ir.

Suena el timbre de la casa. Shirley ladra, y a los pocos segundos aparece Dani, mi chico. Mi novio. Me encanta ver que ya ha regresado de su viaje de trabajo a Estambul.

¡Pero qué guapo vieneeee!

Shirly, al verlo, le muestra los dientes, pues tiene una relación muy rarita con él.

—¡Corre! ¡Ve a por él y cómetelo! —le digo, sonriendo.

Shirly sale disparada como una flecha y me río a carcajadas cuando llega hasta él y le comienza a saltar, y eso a Dani le agobia. Se puede decir que en eso es como mi madre. Parco en afecto. Algo que a mi abuelita no le hacía mucha gracia.

Dani, que hace malabarismos para que mi perra lo deje en paz, se acerca a mamá y entregándole algo que trae en las manos dice, omitiendo besarla:

—Carlota, he traído unos pastelitos de esos sin azúcar que tanto te gustan. Pero mejor llévatelos a la cocina o esta fiera se los come.

—Gracias, Daniel. Tan detallista como siempre.

Cuando mamá se marcha, mi chico se acerca a mí y me da un casto y rápido beso en la mejilla que me sabe a poco.

—Bonito Balenciaga —susurra.

Oír eso me gusta, pero me incomoda. ¿Por qué alaba al bikini y no a mí?

El bikini de Balenciaga que llevo me lo regalaron mis amigas Soleá y Pili hace una semana por mi cumpleaños. Cumplí treinta y cuatro. ¡Madrecita, cómo pasan los años! Y aunque eso del reloj biológico me importa cero patatero, ese día tuve que escuchar el maldito comentario infinidad de veces, comenzando por mi padre.

¿Cómo con treinta y cuatro años que tengo no estoy casada y con hijos?

Pero vamos a ver, ¿por qué todo el mundo es tan pesadito con eso de que se me pasa el arroz? ¿Y si yo no quiero nada de eso? ¿Y si vivo muy feliz soltera y sin hijos? ¿Y si prefiero viajar, conocer hoteles caros y comprarme toda la ropa que yo quiera?

—Por cierto, deberías hacerte la manicura —observa Dani—. Te faltan varias uñas, y esta noche vamos a salir.

¡Mierda! Se ha dado cuenta.

—Ya he llamado a mi esteticista —le informo—. La estoy esperando.

Mi chico asiente. Se quita la preciosa camisa de lino azul de Calvin Klein que lleva y las bermudas blancas de Hermès que le regalé y se queda solo vestido con su bañador de Versace. ¡Qué mono está!

Después de mostrarme con orgullo los abdominales que se curra en el gimnasio, deja toda su ropa impecablemente colocada sobre una de las hamacas, y acercándose al borde de la piscina, con elegancia, se tira de cabeza.

Dani, más conocido como Daniel Torrequebrada de Ortega San Juan, es un banquero inversionista de excelente familia, que aconseja a empresas o personas sobre cómo invertir su dinero para hacerlo crecer. No es un hombre alto, como siempre me gustaron, es más de mi estatura, pero es elegante en el vestir, correcto en el trato y, como siempre digo, ¡guapo de manual!

Nos conocimos en una fiesta hace diez años porque mi amiga Pili nos presentó, y aunque no fue un flechazo, comenzamos a quedar, y diez años después seguimos saliendo. A ambos nos gusta viajar, los buenos restaurantes, los hoteles con *spa* y la ropa de alta costura.

Decir que es mi hombre ideal sería mentir. Hay cosas que no me gustan de él, como sé que hay cosas que no le gustan de mí, pero seguimos juntos. Nos va bien.

Estoy pensando en ello cuando suena la puerta de nuevo y minutos después aparecen en el jardín mi amiga Pili, tan estu-penda como siempre, y mi amiga Soleá con su hijo Adrián de once meses. Para mí, mis hermanas.

Somos amigas desde el colegio, y mientras Soleá lleva felizmente casada seis años con Mohamed, un ejecutivo del mundo

musical, encantador y maravilloso, Pili es de las que sigue buscando a su príncipe azul. El problema es que todo el buen gusto que tiene para la ropa no lo tiene para los hombres. Siempre se fija en quien no le conviene.

Mi perra, al verlas, corre hacia ellas. Las adora. De hecho, Soleá es su abuela. A los pocos minutos aparecen mi padre y mis hermanos.

—Hombre, si llegaron el señor Daniel Torrequebrada de Ortega San Juan, la señorita Pilar Monteosca y la señora Soleá de Nazal —señala mi padre.

—¡Con Soleá vale! —corrige mi amiga.

Papá la mira.

—¿Tu marido no es el ejecutivo musical Mohamed de Nazal? —pregunta él sin dar tregua.

—Sí.

—Pues, para mí, eres la señora Soleá de Nazal.

Soleá me mira. Eso de que la llamen señora de... no es lo suyo, como no es lo mío. Pero con mi gesto le hago saber que ni caso. Mi padre entonces mira al bebé que lloriquea.

—¿No es un varón? —pregunta.

—Lo es —afirma Soleá.

—¿Y por qué lleva una camiseta rosa?

—Porque el rosa le queda muy bien —afirma Soleá.

Papá levanta las cejas.

—Sé un macho y deja de llorar como una nenaza —le ordena al pequeño.

¡Joder con mi padre y sus micromachismos! ¿Por qué no cerrará la boca?

Veo que Pili cruza una miradita traviesa con mi hermano Carlos. ¡No me jorobes que están liados otra vez!

Consciente de que como confirme lo que acabo de creer los voy a matar, veo que Pili se acerca a mi padre y le da un cariñoso beso en la mejilla.

—Rodrigo, tú, como siempre, tan encantador —le dice.

Oír eso me hace gracia. ¿Encantador mi padre?

Papá sonrío. Y cuando Pili viene hacia mí, murmuro:

—¡Me dejas muerta!

—Era lo que tocaba. Mujer, no me mires así.

—Joder con papuchi —musita Soleá por lo bajini.

Me río. Opino lo mismo que Soleá. Mis hermanos se acercan a mí y cuchichean:

—Imposible convencerlo para lo que has propuesto.

—Pero si es una idea estupenda. En Italia no tenemos ninguna tienda.

—Plebeya..., lo siento —se lamenta Ángel, abrazándome.

—¡Joderrrr! —protesto.

—Cagón, ¡otra vez has hecho popó! —exclama Soleá.

El niño, que es precioso y regordete, la mira.

—Ven conmigo, Soleá, para que le puedas cambiar el pañal —dice mi madre—. Y tú, Pili, ¡a ver si encuentras ya de una vez a tu media naranja!

—¡Mamáááá! —Esa frasecita de la media naranja es algo que no soporto. Pero ¿por qué no tener pareja te hace parecer que estás incompleta? Así que suelto—: Mamá, Pili por sí misma es una naranja entera. Déjate de tonterías.

Cuando mamá y Soleá se van con el bebé, Pili se sienta a mi lado.

—¡Qué bien te queda el bikini de Balenciaga! —susurra.

—¡Lo sé! —afirmo, segura de mí misma, pero algo cabreada.

Papá, sin mirarme, se mete en la piscina y comienza a hablar con Dani. Durante varios minutos los observo. Papá y Dani, aunque disimulan, no es que se entiendan muy bien. Según Dani, mi padre es un controlador. Según mi padre, Dani es un señorito al que solo le encanta mirarse al espejo para ver lo guapo que está. Pero se soportan. Sé que lo hacen por mí. Yo me levanto y me lanzo de cabeza a la piscina.

—Hija, ¿no puedes tener más cuidado? —oigo que gruñe mi padre cuando saco la cabeza del agua.

—Te recuerdo que estás en la piscina mojado —respondo—. No te he mojado yo.

Papá toma aire, y yo con mi mano le echo agua.

—Ahora sí te he mojado —le digo.

Madrecitaaaaa, ¡cómo me miraaaaaaa!

—Eres como tu *abuelita* —gruñe, limpiándose con su mano el rostro—. Respondona y retadora. Desde luego, eres su digna heredera.

Oír el modo en que nombra a la que para mí fue la mejor me joroba. Pero sé cómo devolverle el golpe.

—Que sepas que me acabas de decir el mejor piropo de tu vida —replico—. Nada me gusta más que parecerme a mi *abuelita*.

Papá me mira. Discutir se nos da de vicio. En sus ojos veo esa mirada que nunca lograré entender.

—Mira que te gusta cabrearme —se enfada.

—Tú ya naciste cabreado —respondo.

—Maríaaaa —tercia mi novio.

Papá resopla. Que le conteste es algo que le sube la adrenalina.

—Algún día dejarás de enfadarme —dice.

—Lo dudo.

—No sé por qué te sigo soportando.

—Porque soy tu hija —matizo, mirando a Dani, que me hace gestos para que me calle—. Y aunque solo sea por ese pequeño detalle, me tienes que soportar el resto de tu vida, como yo te tengo que soportar a ti.

Me preparo para el bufido que me va a soltar.

—Lo que propusiste. Olvídalo —tira a dar.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta.

Dani me mira. No sabe de qué habla mi padre.

—Propuse abrir una delegación de Harry Addams en Italia —le aclaro—. Concretamente, en Roma.

—¡No se nos ha perdido nada en Roma! —gruñe mi padre.

—Pero si es una excelente idea y un mercado por explorar maravilloso.

—¡No lo es!

—Que a ti no te gusten Italia y los italianos no quiere decir que al resto no nos tengan que gustar. Y...

—Y nada. Se acabó el tema.

Molesta, lo miro. Tras hacer un estudio de mercado, el mejor sitio para abrir actualmente una nueva tienda es allí.

—Te recuerdo que...

—Tú a mí no me tienes que recordar nada —me corta—. He dicho que en Italia no quiero abrir una tienda, y no hay más que hablar.

—Dijo el Señor —me quejo, y veo venir a Pili hacia mí.

Papá despotrica. Mira a mis hermanos, que se hacen los despistados. Finalmente, clava su mirada en Dani.

—A ver cuándo te casas con ella y me dais nietos —le dice—. Que ya lleváis diez años juntos.

—Papá... —gruño, molesta, y más sabiendo lo que piensa de él.

Dani se ríe. A veces siento que le hacen gracia los micro-machismos de mi padre.

—Respira, que te estoy viendo —murmura Pili, a mi lado.

Respiro. Tomo aire. Evito llamar a mi padre una vez más machirulo. Me giro hacia Dani.

—Y tú, sonrisitas, ¿de qué te ríes? —le pregunto, enfadada.

—No le hables así a Daniel —interviene mi padre.

—¿Tú me vas a decir a mí cómo he de hablar a mi novio?

Papá y yo nos miramos. Está claro que hoy no es nuestro día.

—María. No le hables así a tu padre —dice Dani, conciliador.

Los miro. Estoy por mandarlos a los dos a la mierda.

—Ven. Quiero enseñarte algo. —Pili me coge de la mano y tira de mí.

Salimos de la piscina mientras siento que mis ganas de gresca con mi padre se han acrecentado.

—Miércoles, cierra el pico o se va a liar más —me recomienda mi hermano Ángel, que se aproxima a nosotras.

Sin decir nada y dejándome guiar por Pili, nos alejamos de la piscina.

—Te juro que en ocasiones no sé qué les haría al Señor y al Señorito —suelto—. ¡Y joder! ¿Por qué Dani me reprende ante él?

—Vamos a ver —murmura Pili—. Con respecto a tu padre, mejor no opino, pues ya sabemos la relación que tenéis. Y en cuanto a Dani, imagino que no quiere quedar mal con él.

—Al final, voy a tener que casarme contigo para que tu padre deje de atosigarme —se mofa Dani acercándose a nosotras. Oír eso me incomoda y, mirándolo, voy a hablar cuando prosigo—: Lo sé. No te ha gustado que te hablara así ante él. Pero, María, ¡es tu padre! ¿Qué quieres que haga? —Resoplo. Tomo aire. Dani cuchichea—: Me agobia mucho cada vez que menciona lo de la boda. ¿Acaso no se ha dado cuenta de que tú y yo no estamos todavía en ese punto?

Asiento. Estoy totalmente de acuerdo con él.

Aunque quiero a Dani, no me veo casada con él. ¿Por qué? No lo sé. Pero algo dentro de mí me grita que no he de hacerlo.

—¿Preparadas para lo de esta noche? —cambia él de tema.

Pili y yo nos miramos. Mohamed, el marido de Soleá, trabaja en una famosa discográfica, y eso nos permite ir a muchos

conciertos pequeños e íntimos, pero de grandes músicos, y esta noche vamos al de Aitana.

Soleá se acerca con el pequeño.

—Va a estar genial —afirma al oírnos—, y me ha dicho Mohamed que nos presentará a Aitana.

—¡Genial! —exclamo, encantada.

—Me dijiste que venía la esteticista para arreglarte la manicura, ¿verdad? —pregunta Dani. Para él, estar perfecto en todo momento es indispensable.

—Sí, Dani. No creo que tarde.

Acto seguido, centro toda mi atención en Adrián. En aquel Buda pequeñito y redondito que me tiene loca.

—¿Lo coges un segundo, por favor? —le pide Soleá a Dani.

—¿Qué lo coja? —se sorprende él.

—Sí. —Mi chico no se mueve, y Soleá, con gesto de guasa, añade—: Tranquilo. No muerde.

Dani mira al pequeño, que tiene pompas de baba en la boca, y murmura:

—Pero mancha.

Oír eso me hace sonreír. Los niños le dan alergia a Dani, como los animales. No le gustan absolutamente nada, y por eso su relación con Shirly es la que es. Odio total. Por lo que, sin dudar, cojo al pequeño Buda entre mis brazos y lo disfruto. Los niños, aunque dudo que los tenga, me encantan, como me encantan los animales.

Durante un rato, los cuatro hablamos sobre la salida de aquella noche. Mamá viene hacia nosotros y coge a Adrián de mis brazos.

—¿Cuándo vamos a poder sacar el Valentino del armario? —pregunta, mirándome. Oír eso me hace resoplar. El Valentino es el espectacular vestido de novia con el que mi madre se casó. Desde pequeña, siempre dije que, si algún día me casaba, lo haría con él—. ¿Cuándo os vais a casar y me vais a dar nie-

tecitos? —insiste—. Tengo tres hijos, ¡y ninguno me hace abuela!

¡Otra con lo mismo!

Joder, qué pesaditos mis padres con el tema.

Me paso el resto de la tarde intentando no tener gresca con papá. Pero es complicado. ¡Siempre me encuentra!